

HABLA MARIO

JOSÉ DE CORA

# HABLA MARIO



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: CalderónSTUDIO

Primera edición: septiembre de 2019

© José de Cora, 2019  
© de la presente edición: Edhasa, 2019  
Diputación, 262, 2º, 1ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

ISBN: 978-84-350-1141-9

Impreso en Romanyà Valls

Depósito legal: B. 17352-2019

Impreso en España

*A Miguel Delibes,  
en su centenario,  
con el reconocimiento por su magistral novela*

## Sumario

Dos casos dignos de estudio . . . . .	11
---------------------------------------	----

### SOLILOQUIOS

I. Donde acaba el novio, empieza el marido . . . . .	21
II. Por la lágrima se sabe el muerto . . . . .	27
III. Celos y envidia quitan al hombre la vida . . . . .	35
IV. Marido muerto, siete a la puerta . . . . .	43
V. Donde hay amor, hay dolor . . . . .	51
VI. Para torear y casarse, hay que arrimarse . . . . .	59
VII. Cuando bailo con mi novio en la alegre romería, siento que por todo el cuerpo me recorre la alegría . . . . .	65
VIII. Si quieres vivir en paz, deja a tu mujer mandar. . . . .	71
IX. Viento, mujer y fortuna, mudables como la Luna . . . . .	79
X. La envidia sigue al mérito, como la sombra al cuerpo . . . . .	85
XI. Con el paso del tiempo, la ignorancia gana confianza . . . . .	93
XII. Azote de madre, ni rompe huesos ni saca sangre . . . . .	101
XIII. El amor es ciego y el matrimonio lo cura . . . . .	109

XIV. Dos que duermen en un colchón se vuelven de la misma condición . . . . .	115
XV. Quien ignora lo repite . . . . .	125
XVI. El amor entra por los ojos . . . . .	131
XVII. Los latines embrutecen . . . . .	137
XVIII. Casarás y amansarás . . . . .	145
XIX. Quien de mucho presume, de mucho carece . . . . .	151
XX. Alta y esbelta me haga Dios, que morena o rubia me haré yo . . . . .	159
XXI. Cambia lo que no te guste, y si no puedes, cambia tú. . . . .	165
XXII. Mejor ser lo que finges, que fingir lo que no eres . . . . .	175
XXIII. Un sabio entre los necios es necio entre los sabios . . . . .	183
XXIV. Si tu mujer te pide tirarte del tejado abajo, pídele a Dios que sea bajo . . . . .	191
XXV. Mujeres: donde están, sobran; y donde no, hacen falta . . . . .	201
XXVI. Si es francés, es pecado . . . . .	209
XXVII. Hablar por boca de manso. . . . .	217
XXVIII. La envidia sana se cura como la enferma . .	225
XXIX. Males otoñales, o largos o mortales . . . .	233
XXX. Al vivo todo le falta, al muerto todo le sobra . . . . .	241

## Dos casos dignos de estudio

Mario Díez Collado descansa en el Señor a los cuarenta y nueve años de edad desde el jueves 24 de marzo de 1966, según reza la esquela que de él publica *El Correo* al día siguiente, único certificado oficial de su defunción. En el mundo deja una esposa, María del Carmen Sotillo, y cinco hijos, así como una sola hermana de los cuatro que fueron. Su mujer, de acuerdo también con lo que figura en dicha esquela, está desconsolada, que es fórmula habitual para describir el estado de ánimo en el que se hallan los casados cuando su pareja cesa en sus constantes vitales y los abandona a su suerte con un mayor o menor peculio que pudieron reunir entre ambos, o por uno de los dos, o por ninguno, llegado el caso, tanto por haber sido heredado en su parte magra, como porque no existe ni en el forro de las gabardinas.

Durante ese tránsito del 24 al 25 de marzo, una noche de niebla meona, María del Carmen Sotillo, lejos de caer agotada por el cansancio de una jornada tan singular para ella, permanece en la capilla ardiente de su esposo instalada en el propio domicilio familiar e inicia ante él un monólogo que se va a extender durante cinco largas horas sin que decaiga el ánimo ni la insistencia que la mujer muestra en su exposición de motivos desde el primer momento, intercalada con leves ataques de llanto.

Por extraño que parezca y pese a que en esa habitación sólo está presente la citada mujer y el cadáver de Mario Díez

Collado, una tercera persona, excelente escritor de oficio y gran profesional periodista, que dice ser y llamarse Miguel Delibes Setién, logra hacerse con el contenido íntegro de las palabras que la reciente viuda dirige a su esposo fallecido. Delibes las transcribe para ser publicadas en libro bajo el título de *Cinco horas con Mario*, que enseguida obtiene el favor del público, no sólo en ese formato de novela, sino en la versión teatral que el propio autor *et al.* realizan sobre el texto original y que se estrena en el madrileño Teatro Marquina el mes de noviembre de 1979, interpretada por Lola Herrera y dirigida por Josefina Molina.

Esta extraordinaria actriz mantiene la obra con similar éxito hasta que estas líneas se escriben, bien entrado ya el año 2019, superados los cien del nacimiento del señor Díez Collado, en los cuarenta de esa versión teatral y a punto de iniciarse los fastos conmemorativos de otro centenario más sobresaliente aún, el del escritor.

Se han expuesto teorías sucesivas acerca de la manera en la que el citado señor Delibes llega al conocimiento de lo ocurrido en la habitación de los Díez Sotillo, ubicada en el número 16 de la calle Alfareros. En un primer momento se cree que éste entra en contacto con la viuda, doña María del Carmen, y que ella se lo repite de pe a pa; aunque en fechas posteriores esta posibilidad se desvanece, tanto porque el autor la niega, como por la exactitud con la que se reproduce el monólogo de la mujer, con giros de expresión oral y entonaciones precisas que son propias de esta forma de comunicación en la que una persona habla y quien la escucha está muerta, o sea, soliloquios en ausencia de parte.

Hay también quien arriesga a decir que Delibes se lo ha inventado todo, para añadir a continuación que en realidad aquella noche doña María del Carmen Sotillo se va a la cama

tal como indica la esquila de referencia, desconsolada, ya que no se encuentra en condiciones de lanzar ninguna perorata a su marido, y mucho menos durante cinco horas.

Esta segunda versión de los hechos también se derrumba pronto por su propio peso, pues resulta harto improbable descubrir los secretos del alma femenina y exponerlos con el detalle y la minuciosidad utilizados en ambos relatos, el narrativo y el dramático.

Hay, eso sí, un último intento por llegar a la verdad de los hechos del que nos sentimos más cerca, ya que lo consideramos con todas las opciones para el ser el cierto. El monólogo de referencia existió. De eso no cabe la menor duda. Don Miguel Delibes no está presente, ni conoce en los años sucesivos a la mujer. Esos dos extremos también se logran establecer.

Por lo tanto, debemos echar mano del principio *Verbum humanum in aeternum manet*, según el cual el sonido ni se apaga ni se destruye, sino que vaga para siempre a niveles muchas veces imperceptibles para la gran mayoría de los seres, de la misma forma que lo que hablan las ballenas, entre las ballenas se queda.

Cómo y por qué el señor Delibes da con el resorte que le permite acceder a ese archivo con las palabras de Carmen se explica a través de los oficios que el hombre desenvuelve, los de escritor y periodista, proclives a buscar, escudriñar, destapar, figonear y a otras actividades similares que son practicadas en legajos, documentos o paquetes informáticos y que el resto de personas no manosean, quizás por tratarse de cirujanos, tasadores de fincas rústicas o asesinos en serie, por citar tan sólo tres de los múltiples afanes a los que dedica su tiempo el género humano.

He aquí por tanto la secuencia de los hechos: Mario se muere en la fecha señalada; Carmen consume cinco horas de

su vida para hablar con reproches a su marido fallecido; esas palabras se encapsulan y, gracias al fundamento *Verbum humanum in aeternum manet*, don Miguel Delibes tiene un posterior acceso a ellas un sábado que dedica a abrir cajones y las encuentra.

Como decimos, el tono general de tal monólogo es de censura hacia el marido, expresada a veces con tanta crudeza que quienes tienen sucesivo conocimiento de la historia caen en las dicotomías de considerar mala a Carmen y bueno a Mario; buena a Carmen y malo a Mario, o malos ambos. En ningún caso, que se sepa por parte de quien suscribe, se ha juzgado a la pareja como adecuados y correctos, sin duda por deducir que en aquel desastre de relación matrimonial es obligado cojear de una pata, o de las dos.

Desde los momentos iniciales, cuando Miguel Delibes da a conocer la historia, distintas ramas del saber se afanan en detectar una posible reacción de Mario ante las lacerantes palabras de su mujer. Se instalan antenas, se contacta con espiritistas, se profundiza en el funcionamiento de la tesis *Verbum manet...*, e incluso se organizan expediciones en busca de los chamanes más versados en comunicación mediúmnica para indagar sobre esa posible respuesta que levanta tantas expectativas.

Hasta este momento, toda la vigilancia no arroja más resultado que un silencio espeso, persistente y grisáceo.

Pero hete aquí que en fechas recientes se ha logrado detectar el bosón de Higgs con notable facilidad, lo que abre las puertas a un mundo nuevo de percepciones, algunas de ellas relacionadas con el *Verbum manet*. Gracias a un compañero de estudios que ocupaba un puesto laboral en el CERN, dentro del Departamento de Personal para la preparación de las nóminas de los físicos teóricos, hemos tenido la oportunidad

de hojear de puntillas algunos de los más altos secretos de la comunidad científica internacional.

Ahora pierdo a un amigo —porque lo pillan e ingresa en la cárcel de Ginebra—, pero gano un fajo de papeles reservados cuya lectura les ofrezco a continuación a un precio irrisorio, si lo comparamos con las tarifas de mercado que hoy se estilan entre ladrones de secretos, cuya identidad no es necesario desvelar, pues están en la mente de todos. No obstante, hacemos mención a las amenazas de muerte dirigidas contra Julian Assange para que vean lo peligroso que resulta moverse en ese mundo.

Ocurre que en una fecha indeterminada, entre los años 1966 y 2018, Mario solicita y obtiene un permiso especial de la autoridad donde mora desde su deceso. Se le permite materializarse sobre la Tierra con el fin de rebatir, rechazar o matizar aquellas acusaciones que su viuda le dirige. Todo parece indicar que la envergadura de las mismas es de tal calibre que ninguno de los administradores de los espíritus desencarnados como él halla razones de peso para negarse a la devolución de la visita. El reencuentro entre los dos miembros del matrimonio se realiza sin que Carmen altere su estado de vigilia y bajo estrictas condiciones de sinceridad, es decir, sin que Mario pueda mentir ni en una sola ocasión, pues bastaría ese incumplimiento para romper las condiciones del permiso y verse impelido a regresar de inmediato sin haber completado su objetivo.

De la identificación de ese lugar sólo constan dos pistas contenidas en las palabras del propio Mario. Una, cuando utiliza el neologismo «descielado» en contraposición a «destrerrado», y otra, cuando en el mismo párrafo se define a sí mismo como «celícola» (DRAE.— 1. *m.* Habitante del cielo). Parece patente que el protagonista de este doble y extraño fenóme-

no de comunicación nos quiere informar de que su habitual lugar de residencia desde 1966 es el Cielo, sin que esto suponga prejuzgar qué tipo de materia o de espíritu lo forma, ni si se debe escribir en minúscula o mayúscula, tal como nosotros lo hacemos para ceñirnos al concepto del lugar donde mora Dios, según diversas religiones.

Lo que sí parece caer por tierra —nunca mejor dicho— es la creencia que el indicado Mario mantiene en vida sobre la inexistencia del Cielo, pues sea lo que sea aquello que se quiere definir con esa palabra existe y alberga a Mario.

Es posible que durante la lectura de algunos párrafos, o bien en su conjunto, alguien aprecie cierto paralelismo entre la relación de la pareja y la historia de España. Cada uno es libre de interpretar lo que le parezca, pero de todos modos, sepa que los rasgos dignos de ser comparados se entremezclan en los monólogos de Carmen y de Mario, y en caso de realizarse su disección es preciso utilizar el más afilado de los bisturís para no cometer errores de bulto.

Si a los lectores les extraña que el autor haya podido hacerse con este segundo texto, sepan que a mí también. Tanto o más que el señor Delibes consiguiese las palabras de Carmen sin haber hablado jamás con ella. No obstante, a continuación transcribimos esta segunda pieza llegada a nuestro poder, respetada en su integridad y sin otros añadidos literarios que una división por capítulos titulados. Considerado el primer discurso como un soliloquio en ausencia de parte, diremos que ahora se trata de un soliloquio para durmiente, de cuyo contenido sólo tendrá conciencia una vez que salga de su vigilia.

Si alguno de ustedes ha vivido una experiencia similar relacionada con el *Verbum humanum in aeternum manet*, le agradecería poder compartirla, tal como yo hago con la mía,

remitiéndomela a la dirección consignada *ut infra*. Muchas gracias anticipadas. Les dejo con las palabras de Mario.

O Rego de Aruxe, Santa María de Lieiro,  
Cervo, provincia de Lugo

16 de agosto de 2019,  
festividad católica de san Roque,  
patrón del municipio

# Soliloquios

# I

## Donde acaba el novio, empieza el marido

Sorpresa, María del Carmen. Sí, soy yo. Tu Mario. Tuyo por decir algo, chica; que vaya manera tuviste de despedirme. ¡Menudo carrete! Aún conservo calientes las puntas de los dedos centrales de pies y manos como cuando empiezo a escuchar tus jeremiadas, como si fueses la última esclava de un serrallo, la más rastrera y maltratada. ¿Qué digo? ¡Pareces una auténtica prisionera torturada por la bruja Leopoldina!, que así te llamaría con certeza don Miguel, el escritor que se hace eco de tus lamentos durante aquella noche en vela. ¡Carmen, piénsalo: fuiste muy injusta! No me da un síncope al oírte porque vengo de que me dé otro, el definitivo, y esos latigazos, cuando son de verdad, no repiten. Además, mírame, estoy amortajado y asotanado como para salir ofrecido en Semana Santa tras el paso del Cristo de la Buena Muerte, por si tuviese a bien para conmigo el milagro de la resurrección; que no, pues jamás hice méritos para tal privilegio. De antiguo sé que tus riñones están bien cubiertos y que podrías superar sin esfuerzos mi precipitada fuga de este mundo, pero, llegado ese trance más pronto que tarde, te superas a ti misma en todas las escalas en que se mida tu cuajo y haces buenas mis prisas de dejarte a un lado. Al muerto, tierra encima. Dirás que no te acuerdas, que ha pasado una eternidad y que son pelillos a la

mar, pero no te equivoques. Si he estado callado hasta ahora es porque en el lugar donde nos mandan a los muertos llevamos unas cuentas muy raras. Bueno, raras, tampoco. Distintas. Como dirías tú, es un paraíso muy particular porque tiene muchos pros en contra. Eres genial, lo reconozco. Los vivos os regís por las horas, los días, los años y todas esas zarandajas temporales, pero donde yo me encuentro no existe nada semejante. Para mí es como si ahora mismo acabase de escuchar tu perorata y, sin embargo, me imagino que tú ya transitas en otra onda. A lo mejor te quitaste el alivio, e incluso tonteeas con algún vecino paniaguado, viudo también, o soltero vocacional, que se quiere calentar los pies contra tus muslos macilentos, pero a la vez tibios y acogedores. Recuerdo oírte que el luto y el alivio –mi luto y mi alivio– te traen de cráneo porque acabas de comprar una falda plisada de color verde musgo; así, con un estampado pata de gallo en zigzag, al que tú llamas típico de Dior pero que para mí que es típico de Chanel, pero allá películas, que yo no me la juego a modistos. Tapado con el sudario y con toda la mortaja adyacente, oigo cómo tiembles de miedo por si no te la puedes poner antes de que pase de moda, o antes de que finalice la temporada, o antes de que la pique la polilla. Perdóname, Carmela, pero hace falta ser del género idiota para pensar una estupidez así cuando tienes a tu marido de cuerpo presente. ¡Ni faldas plisadas, ni nidos de abeja, ni rabos de gaita! ¡Coño, que estoy muerto! Aunque no sientas por mí ni lo que es propio entre parientes cercanos, ¡esa pena chiquitita por haber compartido tantas cenas de Navidad! ¡Aunque no me hayas querido en la vida o no aspire a ser el rigor de las desdichas en tu luto fingido! Una cosa es el desgarrar, desesperarte y tal; y otra muy distinta es no usar la mente para lo que está hecha, Carmen, que tú la mente la has tenido siempre de floripondio, o en la

fresquera, al lado de la mantequilla. Por dentro, de adorno, y por fuera, lo que es la molondra, para que no se te caigan los sombreros, para ponerte un velo en la iglesia y para ir a la peluquería, a ser posible una vez a la semana como mínimo. Que yo creo que precisamente lo de la peluquería tiene un buen porcentaje de la culpa, porque cuando os meten la cabeza en esos secadores apirulados con forma de bellota os cuecen las meninges y perdéis de mil a tres mil neuronas en cada hornada. ¿Sabes lo que son las neuronas? ¿No? Pues abre el diccionario, que para eso hay uno en casa muerto de risa. Él, muerto de risa, y yo, muerto de pena. Y no me niegues que estuviste cardo borriquero a más no poder porque tengo constancia del chaparrón que me endilgaste a piñón fijo y, muy señora mía, es como para enmarcar. ¡Válganme los epítetos! ¡Qué descanso esa mañana cuando me vi muertecito a tu lado! Llámalo esta mañana o cuando te parezca, pues ya te digo que yo en eso de los tiempos voy a estar un poco fuera de lugar con el hoy, el ayer y el porvenir. Confío en que te quede una pizca de intelecto y te enteres de mis especiales circunstancias. Lo que te cuento. Al principio, sí, te ves muerto y te da como repelús o, incluso, por qué no admitirlo, un poco de nostalgia. Comprendes al instante que se acabó todo lo que te gusta. El periódico, leer, el beso de los niños, las novelas, el cochifrito, las tertulias metidas en harina, la langosta... Pero, por otro lado, ¡oh, qué delicia!, descubres que nunca más serás víctima de depresiones, ni de astenias, ni de angustias vitales. No te preocuparás por una pila de tonterías que tienes ahí delante y que sólo lo son porque nos falta —os falta— parar y pensarlas. Tampoco es que sea buscarle los tres pies al gato, ni que se necesiten treinta años para resolverlas. Son dilemas muy elementales, pero siguen ahí, jodiendo la marrana. Por encima de todas las dudas y los conflictos, querida Carmen,

una vez que te ves allí, metido en el pijama de pino, sabes que nunca más vas a tener que oír uno de esos razonamientos de mulero chuleta que se te ocurren a cada credo, especialmente cuando deberías achantar la boca y atender al que sabe; o al menos no cacarear de gestas impropias de tus fuerzas, como cuando le replicas a Moyano que tú sí puedes opinar sobre López Rodó porque te has leído el Plan de Estabilización de 1959. ¡El Plan de Estabilización, Carmen! Que tú no lo leíste ni por el forro, como no lo leyó el noventa y nueve coma nueve por ciento de los españoles porque es un fárrago de números difíciles de interpretar hasta para quien esté muy al tanto de la política económica española. Y tú, no, Carmen; tú ni al tanto ni a la tanta. Pero, claro, como tienes delante a Aróstegui y sabes que él te ha llamado chorlito carambolo, quieres demostrarle que estás al cabo de la calle. Pero lo que tú haces es pasarte de lista, como casi siempre, y sumirte en el ridículo. Te acordarás de que yo mismo te ayudo diciendo después que sí, que una prima tuya del Opus que trabaja con uno de sus colaboradores nos ha mandado un resumen con las principales medidas y que te lo has leído para darle gusto a la mujer, que ni eso, ¿o me equivoco? Ni te lo vuelvo a mencionar de la vergüenza que paso delante de los dos. Y es que días después, cuando estamos en Casa Zarrías, Moyano espeta a todos: Ya sabréis que la mujer de Mario lee a López Rodó. Y yo, mirando para los cristales, como quien no ha oído. Y es que así no hay manera de que nos tomen en serio, ni a ti ni a mí, porque contagias. Carmen, calamidad, contagias como las venéreas y, si tú abres la boca, a continuación no hay forma ni manera de mantener algo consistente, porque todos coinciden, mira a éste lo que se le ocurre. Mucha cátedra pero en casa cría a una acémila de rabo y orejas. Y así toda la vida, un año tras otro metiendo la pata; o sin meterla, que a veces

es peor, porque se trasluce, o ellos lo perciben, que lo tuyo es natural. Fresco y natural como una lechuga. Y, por supuesto, en estas condiciones, a ver cómo te explico en virtud de qué leyes físicas o patafísicas te puedo hablar con desparpajo siendo yo un hombre muerto, un difunto, una ruina; o gracias a qué fenómenos de magia china vas a acordarte de todo lo que diga de esta vuelta. Mejor será que ni siquiera entremos en detalles. Cuando despiertes, recordarás este sermón y te sobrevendrá un ligero dolor de cabeza. Tómate un analgésico de los que ahora receten para cefaleas y listo, a digerirlos, el analgésico y el sermón, que tiempo te hará falta. No deseo verte atacada de un parálisis, ni que te quedes pánfila del todo, porque lo que tienes te llega justo. Y, por otra parte, me vas a perdonar, pero nos prohíben mentir. Tales argucias de vía estrecha no van con lo nuestro.

## II

### Por la lágrima se sabe el muerto

Que sí, Carmen, que sí. Que aquí tendremos nuestros defectos, como eso de que no damos golpe según vuestro criterio, pero si algo está desterrado —o descielado, para ser más exactos cuando hablamos de celícolas— es la mentira. Por eso no es fácil que nos den carta blanca para materializarnos o para comunicarnos con vosotros, porque como no podemos contar ninguna trola, soltamos cada verdad que mete espanto y rara vez se nos queda algo en el tintero. Pero fíjate cómo será el oprobio que me infringes que, cuando les expongo lo de venir al mundo material a verte y contrarrestar un poco lo que me sueltas ayer por la noche —ayer... o cuando haya sido—, no me ponen ningún problema. Más bien todo lo contrario. Sí, sí, vaya usted, don Mario, que lo suyo tiene bemoles. Y aquí me tienes. Está siendo muy cacareado, porque ya te advierto que son muy pocos los que obtienen un pase de pernocta para visitar a sus familiares vivos. Los llaman así, como en la mili, porque sólo son válidos para utilizar mientras ellos duermen. Tiene gracia, ¿no? Pero a lo que íbamos: mira que fue nada más quedarte sola en el velatorio y, ¡zas!, al minuto le das a la húmeda como cuando se agita una gaseosa abierta y luego levantas el dedo. ¡Hala, allá va la riada sin tregua ni reposo! Es más, haces todo lo que está en tu mano para que no duer-

ma nadie en el piso y así tener manga ancha para explayarte conmigo a plena satisfacción. Pues atiende, he de decirte una cosa. En ese momento, como si me dices misa, porque estoy todavía con el papeleo de llegada y haciéndome al espíritu, que así, sin carcasa en la que sustentarse a la buena de Dios, resulta pelín inestable hasta que le pillas el tranquillo. Nada grave. Es como cuando vuelves a montar en bici después de un tiempo. Cuestión de minutos. En tu manera de medir las horas, es mucho más tarde cuando logro prestarte oídos, gracias a que todo se nos repentiza, como si levantásemos la aguja de un *pick-up* y la pusiésemos donde nos da la gana y de esa forma volviéramos a escuchar la canción que nos gusta. Esto te encantaría, porque con ese aparato puedes oír cómo te ponen verde tus amigas cuando te plazca; y lo mejor de todo: ni te incomodas, ni nada. Bien, pues pensarás tú, y si no te entra corajina, ¿a santo de qué vienes ahora a decirme estas inconveniencias desde el más allá? Pues porque te quiero, Carmen. En el fondo te he querido siempre porque eres la madre de mis hijos y porque hemos vivido juntos. ¡Vamos, que yo no he convivido maritalmente con otra persona...! Y lo admitas o no, el roce puede destruir el amor de la pasión, pero afianza el cariño y mantiene la convivencia en balsa de aceite. Vengo y te hablo así, no para hacerte sufrir, sino para ayudarte, para intentar que mejores, y ya que de vivo no he sido capaz de acercarte a mis pensamientos, a mis placeres, a mis pequeños o grandes sentimientos, quizá lo logre siendo apenas un susurro en tu oreja, una voz mortecina que clama en tu desierto. Aunque lo haga, ya te digo, yo no peno en absoluto por ello, así me maldigas, así caigas de rodillas y llores mi ausencia. Algo ventajoso teníamos que tener, porque no es cierto, como decíamos tantas veces, que los muertos nos quedemos muy solos o que nos deprimamos por estarlo. ¡Qué

va! ¡Por favor! No son las delicias de Capua, pero pierde cuidado, que esto está de bote en bote y cada uno anda a su escuela, que es el equivalente a decir que nos miramos el ombligo. Y hablando de mirar, vaya si me sorprende tu preocupación al comprobar en el espejo que las puntas de los senos clarean en tu suéter negro. Sí, lo siento, pero yo ya estaba a otros menesteres y, la verdad, hubiera abierto más los ojos, en caso de haberlos tenido operativos, cuando te pones de un lado y del otro para comprobar si se te notan los pezones, si estás comedida, si ya eres un putón viudo o a saber qué otras inquietudes procedentes del luto llenan tu cabeza en medio de semejante preocupación. No sabes si usar un sostén negro o ponerte una rebeca... Porque, Carmen, vamos a ver, qué problema hay si las tetas te salen pinchonas hacia adelante, como miuras por la calle de la Estafeta, cuando tienes a tu marido tieso cuan largo es en una caja acolchada con pinta de féretro. Cuál es la terrible desgracia de tu espetera, si ésa es la última noche que le vas a ver el rostro sin que sea en papel fotográfico. Si piensas más en la punta clareada del suéter que en haberte quedado viuda sin previo aviso, Carmen querida, si se te ocurren todas esas pijotadas —y tú, no lo niegues, andas enfrascada en ellas—, es que has cambiado dos de los tornillos que vienen de serie por dos tallas de teta. Así no es extraño que se te disparen y el espejo te devuelva esa imagen que a ti te parece impúdica, impropia de la viudedad y proclive a pedir guerra desde la misma misa de alma en San Diego, que se celebrará, Dios mediante, al día siguiente. Como es fácilmente comprobable, yo nunca he tenido *poitrine*, Carmen; pero, de tenerla y ser dos mamas atroces como las tuyas, o me las espachurro con una faja para que no parezcan las Tetas de Liérganes en vertical o las dejo a su aire para que no haya macho que no baje la vista hasta donde clarea el suéter. ¡Pero

pelearse con el negro porque blanquea la puntita el día que muere mi marido...! Ahí comprendo un refrán cuyo auténtico significado se me escapaba hasta entonces y que dice: «Dios te guarde de travesura de mula y de delantera de viuda». ¿Será por eso? Vale, de acuerdo. Todo se comprende. Son muchas las novedades que te llegan de repente ese día. No quieres irte a la cama porque vas a estar sola; no quieres salir porque vas a tener que hacerlo sola; no quieres pensar en las musarañas, porque estarás sola con tus musarañas... Pero vamos a ver, ¿por qué no probaste a llorar un poco más? No por mí, que yo voy a seguir igual de tieso hagas lo que hagas, ¡sino por ti! ¡Con lo que eso ayuda! Tampoco es que te pongas a gimotear como una plañidera a sueldo y no dejes dormir la mona a los vecinos, sollozo va y sollozo viene, pero una buena llorada con mocos e hipidos a mansalva te deja como nueva. Vamos, que ya no te quedan ganas de lamentarte en los siguientes quinquenios. Además, piénsalo, así evitas tanto espejo y tanto contemplarte en él, que es la mejor manera de entrar en dominios de la tontería, el miramiento y la afectación. En momentos como éstos, ¡abre el grifo y que cuelgue el moco!, que si queda dentro se enquistas, se emponzoña y acaba haciendo tumoraciones. Da lo mismo que el refranero al que tantas patadas propinas os consuele diciendo que el llanto de viuda, pronto se enjuga. De acuerdo, pero hay que soltarlo de todas formas. Así están los que se creen muy hombres porque jamás lloran los kiries. Pues una de dos, o son unos borricos con una sensibilidad de suela de alpinista, o son los que te dan la sorpresa y se echan a lloriquear cuando en el plato les ponen delante un salmonete que los mira cariñoso. Ya te digo que, a mí, por aquello del *rigor mortis*, ni me va ni me viene, pero lo de andar tocándote la *poitrine* en el cuarto de baño en vez de moquear un poquito más delante de las

visitas, o de la familia, o incluso de mí... , qué quieres que te diga, me parece incorrecto, sin más. No me sale humo por las orejas porque ya comienzo a estar en la fase denominada A mí, plin –o como tú dices, «A mí, Prim»–, pero si en ese momento me preguntan, no diría nada bonito de ti. En fin, que siempre fuimos diferentes a la hora de comportarnos y lo seguíamos siendo a la hora de despedirnos. Pasada esa noche, de camino hacia la iglesia, si es que vas a ir –que lo suyo es quedarse en casa como hacían antes las viudas responsables–, vale, pues sí, entonces le dedicas cinco minutos al espejo, te tapas, te destapas, te estiras la falda o eliges el velo más tupido, para que puedas llorar o no llorar a voluntad, que para algo eres la viuda y la máxima protagonista del espectáculo. ¡Pero aquella misma jornada fúnebre! ¡Salir por las peteneras de las mamas...! ¡Es que no tienes perdón del cielo y me estoy metiendo donde no me llaman, que bien lo sé! Dirás que es una chuminada, pero desde el año de la polca no me fijo si clareas los suéteres o no, y cuando me cercioro de que yo estoy en reposo mortal y tú, ensimismada en aquello... , iba a decir que me quedo de una pieza, pero no atinaría, porque de una pieza llevo horas, e importar no es que me importe mucho, que la carne es débil, pero los espectros somos fuertes. Después de todo, aquello no es más que el anticipo de lo que va a venir detrás, hija mía; que tú otra cosa no serás, pero a creyente no te gana ni la directiva de la Venerable Orden Tercera, ni esas chupacirios que se ajustan un rosario atado alrededor de una camisa morada y se hinchan a rezar hasta que las echan porque cierran las iglesias. A lo mejor no es un rosario, sino un cordón de oro, ahora mismo no lo sé. Pues eso digo, entre moco y moco podrías haberme dedicado un rosario, un responso, un padrenuestro, algo; que ya sabes que a mí todo me vendría de perlas, porque no voy al extramundi sobrado de

letanías ni de latines. Pero no; la señora está dispuesta a vivir una jornada mortuoria de un laico subido. Vamos, que ni la viuda de Largo Caballero. Te pasas toda la noche sin unas mínimas preces que elevar. Sólo preocupada por la *poitrine* y otras chorradas que claman al cielo. Era verlo y no creerlo, cariño. Y en vez de juntar las manos, de sostener un rosario y de pasar las cuentas, que en definitiva es llevar la cabeza a otras salmodias muy sanas y reparadoras para una creyente, vas y me echas en cara que ahueco el ala sin despedirme y sin agradecer los servicios prestados. ¿Pero tú qué te crees que es un infarto? A veces sí, que amaga y te da el trompetazo para que estés prevenido, para que te cuides y prescindas del café con gotas que te metes después de comer o te olvides de la picadura de tabaco, o reduzcas la caza, pero por desgracia no es mi caso. A mí me da el miserere sin saber siquiera que me está dando, que dices tú si me quedo con la boca abierta como buscando el aire, y no digo yo que no, pero todo en un amén, que me duele, que me quejo y que me voy, como Julio César, en un suspiro inconmensurable, pero no por enorme, sino por mínimo. *Veni, vidi, mori*, aunque la verdad es que ya estaba advertido por Gancedo. Y tú, al lado del agonizante, roncando o resoplando como una bendita, ajena a la tragedia, alejada de lo importante; vamos, como siempre, a tus cosas como un ce-porro, a tus ronquidos, a tus gorgorotadas y a tus frivolidades. ¿Y no vas y me dices que me muero sin despedirme? Para adioses estoy yo en ese trance, y mucho menos, para agradecer tus cuidados. Por cierto, ¿a qué cuidados te refieres? Porque si no se me ha encarroñado la memoria, tus cuidados para conmigo fueron los justos, ni un milímetro más allá de la línea. No digo que yo te haya tenido como una reina, porque ni puedo, ni defiando la vida muelle, ni quiero que te creas la princesa del guisante sólo por vivir. En eso, como en todo,

íbamos a pachas. Lo sabes y, si ahora te haces la mártir, sólo es de cara a la galería, para dártelas de explotada, con lo que disfrutas tú siendo víctima. Que yo sepa nunca te ha faltado de nada. Sí, una cosa, el coche, protestas tú. Sí, claro, y un yate, y un palacete en Niza y un viñedo en Burdeos. En cambio, yo, a la vista está aquella noche, Carmenchu. Fíjate que hago mutis por el foro siendo un chaval de cuarenta y nueve tacos. Ni al medio siglo llego. ¿Sabes cuál es el promedio de esperanza de vida ese año en España, el de 1966? Pues nada menos que setenta y uno. Me he quedado a veintidós de cumplir las expectativas medias. E incluso quien tiene hoy setenta y un años no es ningún vejstorio. Una auténtica mierda. ¿Qué quiere decir eso? Pues nada positivo para ti. Llegar a los cuarenta y nueve es quedarse muy corto, tú lo sabes. A mí se me ha estropeado la máquina y tú sigues tan rufa que podrías afrontar otro matrimonio, o lo que quisieses, aunque seguramente no lo hagas por el qué dirán. En resumen, si a mí se me ha parado el reloj a los cuarenta y nueve y a ti te sigue funcionando a la perfección, a lo mejor es porque yo te cuidé mejor que tú a mí. Tiene perendengue que te fijas en eso. Marcharme sin decirte: «Adiós, Carmen; me muero. Muchas gracias por el servicio. Ha estado todo de rechupete». Tú estás como unas maracas. Piensas que eso de espicharla es como salir a comer perdices un domingo en las ventas de los alrededores y, tras los postres, despedirse de los dueños agradeciéndoles la pitanza. Mira, Carmen, si pudiese cabrearme, lo haría.